

Vincenzo CONSOLO. *L'olivo e l'olivastro*. Milano, Mondadori, 1994, 148 pp.

Sin duda, el último libro de Vincenzo Consolo no es para una lectura rápida: nutrido en significados, trabajado al máximo en la prosa que identifica al autor, dificultoso de definir si nos guiamos por las fórmulas discursivas en uso.

En primera instancia podríamos decir que es el relato del fastidio de vivir que hoy muchos sienten pero que no saben expresar. Es un libro amargo e irónico, construido a fragmentos como fragmentario es el mundo del relato: la Sicilia desde la posguerra a nuestros días.

En efecto, Consolo -siciliano, milanés por necesidad, graduado en Jurisprudencia, uno de los más importantes narradores italianos contemporáneos- regresa al mundo campesino de su isla para registrar una cultura que ya no existe porque Sicilia se ha vuelto tierra inhospitalaria y allí suceden las cosas más horribles. Sí, ese ámbito que el autor tan bien conocía, su *alma terra*, era una cultura; era un mundo de trabajo, de dolor y de miseria y también de afectos y de respeto y de valores. Ahora todo ha cambiado para peor: en este momento histórico Sicilia no puede considerarse una civilización. Consolo constata: consumismo desenfrenado, individualismo despiadado, desidia, alienación, corrupción; la 'barbarización' general del mundo mediterráneo que alcanza tierra, cielo, mar, mente y cultura.

Consolo siente y expresa a su modo la nostalgia por la Sicilia campesina, por la humanidad perdida; sentimiento éste que recuerda a Vittorini con quien nuestro autor comparte el desasosiego por el género humano ofendido y el íntimo deseo de recuperar la conciencia de los 'deberes' que sólo vive el hombre de precisos principios morales.

Vittorini y Consolo, dos narradores que podemos arrimar con pertenencia en cuanto ambos son hijos de la cultura siciliana y se reconocen en el filón del realismo. Ambos regresan física y literariamente a su tierra y traducen la experiencia en arte, en una literatura que es reflexión sobre la condición humana. Para ambos, no es sólo un viaje en sus recuerdos de sicilianos sino en lo concreto recorriendo pueblos, costas, valles y montañas y los senderos que unen la geografía y la historia de una isla de corazón antiguo.

El libro que nos ocupa es un relato en diecisiete capítulos, que absorbe distintos módulos discursivos -novela, diario de viaje, reportaje, leyenda, libelo, memoria, invectiva, ensayos y momentos de efectiva poesía- y que engarza casos de intertextualidad en una continua combinación de texturas -fragmentos de textos homéricos y de Esquilo, versos de August von Platen y de T. S. Eliot, titulares de periódicos, trozos de reportajes y hasta textos expositivos de diccionarios y libros de historia.

El título funciona a modo de metáfora vegetal. El olivo y el olivastro (nos permitimos el neologismo en lugar del vocablo español "acebuche"), o sea, la naturaleza labrada, cultivada, y la otra, la silvestre y amenazadora. Una distinción sugerente entre lo humano armonioso y racional y lo inhumano, salvaje, bastardo y hasta perverso: distinción que tan bien ilustra el árbol que crece en ramas vigorosas y el arbusto que se vuelve vicio. En consecuencia, contraste, contraposición entre la isla serena, de una belleza excepcional, rica en historia y en tradiciones -que se manifiesta en los elementos arquitectónicos de cada pueblo, sea pequeño o más importante- y la fealdad de la Sicilia moderna, producto despreciable de la técnica y la industria. Como el olivastro amenaza con sofocar el olivo, así la nueva civilización, poco a poco, va carcomiendo y anulando las expresiones humanas más genuinas -es el caso, siguiendo nuestro ejemplo, de la

degradación que llega a las inigualables manifestaciones de arte clásico, normando o árabe.

La imagen del olivo y del olivastro aparece en la *Odisea*. Consolo la acoge en un epígrafe y a lo largo de la enunciación, con marcación tipográfica pero sin explicitar la referencia hasta el apéndice, porque el dato cultural está incorporado al imaginario del lector culto que pide el libro. En el canto V, Odiseo herido, desnudo, solo, en el máximo momento de la degradación humana, se esconde bajo un arbusto. Homero explica que de él salen ramas de olivo y de olivastro, la manera con que nos indica una bifurcación de sendero o de destino entre el pasado y el futuro del héroe: en la isla de los feacios, un país remoto e incontaminado, Odiseo encuentra una ciudad perfecta, un reino de utopía; podría elegir permanecer allí pero siente la urgencia de la realidad y de la historia, de la razón y de los afectos; necesita regresar a Ítaca.

La misma urgencia de regresar a la patria, la misma urgencia de la memoria siente Consolo y viaja a Sicilia para encontrar la isla de las maravillas y de la barbarie, del perfume a jazmín, azahar o albahaca y de la contaminación industrial, de los pórticos barrocos y de los muertos carbonizados, de una naturaleza encantadora y de depósitos de nafta, cemento y estiércol. Consolo no reconoce su tierra: disolución urbana, especulación inmobiliaria, derrame de ácidos y toxinas, nubes de cuervos sobre toba y escombros, ruinas de terremotos, partidas presupuestarias desviadas y afectados radicados en lugares provisorios. Un verdadero viaje al infierno, guiado por la memoria que "confiere espesor al presente", dice el autor en una entrevista en la cual casi define la obra: "Es un libro de enorme desesperación a pesar de que aquí y allá asomen tenues resplandores de sobrevivencia".

Esta nueva Tebaida de inmundicia y de fango está presentada desde la visión de Consolo, hombre inquieto, rebelde, hastiado de civilización, que va por el mundo con su

equipaje de remordimientos y de pena y que, por momentos, se queda sin voz. La suya es la afasia del artista que se opone al poder. Hay situaciones -explica el escritor en la mencionada entrevista- en que la desesperación es tal que no se encuentran interlocutores. Cuenta una tercera persona, transparentemente autobiográfica, que recuerda al juglar -'il contastorie'- que encantaba al público con la musicalidad de la voz, con el ritmo de la palabra, y que transmitía un contenido esencial, con la esencialidad a que quedaba reducido un relato contado tantas veces. Una voz con la cadencia de la oralidad que muy bien se traduce en la sonoridad de la prosa de Consolo, trabajada con un detalle y una intensidad raras en la literatura de nuestros días. Su lengua es una amalgama original de palabras arcaicas cultas y populares, la sintaxis discurre en un encabalgamiento acumulativo que ensambla aliteraciones y rimas imperfectas. El conjunto cuaja en un lenguaje barroco, deliberadamente rebuscado, casi intraducible, pero de extrema verdad y poesía porque es una elección que va más allá de lo formal y se hunde en la profundidad de la narración, a punto tal que el lenguaje se hace el protagonista de las obras del escritor. Y en este libro, se vuelve hilo en tensión para guiarnos en el viaje a Sicilia hoy, Ítaca perdida que se convierte en metáfora de Italia.

Gloria Galli de Ortega